



E. M.

Forster

El más largo viaje

*El más largo viaje* se nutre en gran medida de contenidos abiertamente autobiográficos; en una introducción escrita en 1960, el propio Forster (1879-1970) mostraría su predilección hacia ésta, su segunda novela, porque «en ella conseguí acercarme más que nunca a mis preocupaciones centrales o, dicho de otra manera, a ese punto de unión entre corazón y mente donde salta la chispa del impulso creador».

«Rickie Elliot, el personaje principal de la novela, no desciende de Wilhelm Meister, el padre de todos los héroes del *bildungsroman*, sino de otro joven grande, Julien Sorel: “La vida que Forster proporciona a Rickie no es una escuela; es la realidad misma, como lo es la vida en que Julien se ve inmerso por obra de Stendhal. Sabemos que la vida es real y es seria para estos dos jóvenes, quizá sobre todo, porque los dos tienen el mismo final”».

(Lionell Trilling)

# Índice de contenido

[Cubierta](#)

[El más largo viaje](#)

[Primera parte](#)

[I](#)

[II](#)

[III](#)

[IV](#)

[V](#)

[VI](#)

[VII](#)

[VIII](#)

[IX](#)

[X](#)

[XI](#)

[XII](#)

[XIII](#)

[XIV](#)

[XV](#)

[Segunda parte](#)

[XVI](#)

[XVII](#)

[XVIII](#)

[XIX](#)

[XX](#)

[XXI](#)

[XXII](#)

[XXIII](#)

[XXIV](#)

[XXV](#)

[XXVI](#)

[XXVII](#)

[XXVIII](#)

[Tercera parte](#)

[XXIX](#)

[XXX](#)

[XXXI](#)

[XXXII](#)

[XXXIII](#)

[XXXIV](#)

[XXXV](#)

[Autor](#)

[Notas](#)

FRATRIBUS

# Primera parte

*Cambridge*

## I

La vaca está allí —dijo Ansell, encendiendo una cerilla y alzándola sobre la alfombra.

Nadie habló. Ansell esperó a que se consumiera la cerilla. Después repitió:

—La vaca está allí. Está allí, ahora.

—No lo has demostrado —dijo una voz.

—Me lo he probado a mí mismo.

—Yo me he probado a mí mismo que no está —dijo la voz—. La vaca *no* está allí.

Ansell frunció el entrecejo y encendió otra cerilla.

—Para mí la vaca está allí —declaró—. No me importa si lo está también para ti. Tanto si sigo en Cambridge o me voy a Islandia como si me muero, la vaca está allí.

El tema era la filosofía. Estaban discutiendo la existencia de los objetos. ¿Existen sólo cuando hay alguien que los contempla? ¿O tienen una existencia real propia? Todo esto es muy interesante, pero también difícil. De ahí la vaca, que parecía hacerlo todo más sencillo. Resultaba tan familiar, tan sólida, que sin duda las verdades ilustradas por ella llegarían con el tiempo a ser igualmente familiares y sólidas. ¿La vaca estaba allí, sí o no? Era mejor que decidir entre objetividad y subjetividad. También en Oxford, al mismo tiempo, un estudiante preguntaba:

—¿Qué aspecto tienen nuestros cuartos durante las vacaciones?

—Vamos a ver, Ansell. Yo estoy aquí, en el prado. También está la vaca. Tú estás allí. ¿Aceptas esto?

—¿Y bien?

—Bien, si tú te vas, la vaca sigue; pero si yo me voy, la vaca se marcha. Pero ¿qué pasaría si tú te quedaras y yo me fuera?

Varias voces protestaron de que aquello eran sofismas.

—Precisamente —respondió con prontitud el que hablaba; se hizo otra vez el silencio, mientras trataban seriamente de resolver el problema.

A Rickie, el dueño de la alfombra sobre la que caían las cerillas consumidas, no le gustaba mezclarse en la discusión. Le resultaba demasiado difícil. Ni siquiera podía dedicarse a los sofismas. Si hablara, lo único que conseguiría sería hacer el ridículo. Prefería escuchar y ver cómo el humo del tabaco atravesaba la ventana para perderse en la tranquila atmósfera del mes de octubre. También veía el patio, y al gato del *college*<sup>[1]</sup> molestando a la tortuga, y a los pinches con las bandejas de la cena sobre la cabeza. En una de ellas había comida caliente: sería para el catedrático de geografía, que nunca bajaba al comedor; comida fría para tres, probablemente a media corona por cabeza, para alguien que no conocía; comida caliente, *à la carte*: evidentemente para las señoras que habitaban en la escalera vecina; comida fría para dos, a dos chelines: en dirección al cuarto de Ansell, para Ansell y para él mismo; al pasar bajo la lámpara se dio cuenta de que les traían merengues otra vez. Empezaban a llegar las mujeres de la limpieza, charlando entre ellas y pudo oír incluso a la que se ocupaba del cuarto de Ansell decir «¡Qué fastidio!», porque tenía que poner la mesa en el cuarto de su amigo. La calma era absoluta. Ninguno de los olmos gigantescos se movía y era como si perdurara aún el esplendor del verano, porque la oscuridad escondía las manchas amarillas de las hojas, y sus contornos daban aún impresión de redondez contra el pálido cielo. Aquellos olmos eran dríades: eso creía o aseguraba creer Rickie, y la distancia entre estas dos posturas es mucho menos perceptible de lo que admitimos normalmente. En cualquier caso eran árboles femeninos, y durante mu-

chas generaciones habían burlado los reglamentos del *college* residiendo en la guarida de los jóvenes.

Pero ¿qué pasaba con la vaca? Rickie volvió a ocuparse de ella un tanto apurado, porque sus divagaciones no le llevaban a ninguna parte. También él trataría de resolver el problema. ¿Estaba allí o no? La vaca. Estaba o no estaba. Trató de penetrar en la noche con la vista.

En los dos casos resultaba interesante. Si estaba allí, otras vacas la acompañaban. La oscuridad de Europa estaba punteada con ellas, y en el extremo oriente sus lomos brillaban ya bajo la luz del sol naciente. Grandes rebaños pastaban donde ningún hombre iba ni necesitaba ir, o chapoteaban hundidas hasta los corvejones en ríos imposibles de vadear. Y además, ése era el punto de vista de Ansell. Pero la opinión de Tilliard también tenía interés. Cabía seguirle y aceptar que la vaca no estaba allí a no ser que también estuviera uno mismo para verla. Un mundo sin vacas, en ese caso, se extendía a su alrededor por todas partes. Aunque bastaba echar una ojeada a un campo y ¡clic! inmediatamente irradiaría vida bovina.

Rickie comprendió de repente que tampoco aquello servía. Como de costumbre, no se había enterado de nada, y estaba confundiendo la filosofía con detalles vulgares y desprovistos de sentido. Porque si la vaca no estaba allí, tampoco estaban los campos ni el mundo. ¿Y qué le importaban a Ansell los lomos iluminados o los ríos que no pueden vadearse? Rickie se enojó con su alma rastrera, y apartó los ojos de la noche, que le había llevado a tan absurdas conclusiones.

El fuego danzaba y la sombra de Ansell, que estaba muy cerca, parecía dominar la pequeña habitación. Seguía hablando o más bien moviéndose espasmódicamente; y continuaba encendiendo cerillas y dejándolas caer sobre la alfombra cuando se consumían. De cuando en cuando hacía un movimiento con los pies como si estuviera corriendo de espaldas, escaleras arriba, y tropezaba con el borde del

guardafuego, de manera que las tenazas salían volando y chocaban en el hogar los platos de bollos untados con mantequilla. Los otros filósofos estaban tumbados en posturas extrañas sobre el diván, la mesa y las sillas; uno que se aburría se había arrastrado hasta el piano e intentaba tocar el preludio del *Oro del Rhin*, con la rodilla en el pedal de la sordina. La atmósfera estaba cargada de humo de buen tabaco y el agradable calor del té, y a medida que Rickie se sentía más somnoliento los sucesos del día parecían pasar flotando uno a uno ante sus ojos. Por la mañana había leído a Teócrito, que le parecía el más grande de los poetas griegos; luego comió con un profesor muy alegre y saboreó galletas Zwieback; después paseó con personas que le gustaban la distancia conveniente; ahora su cuarto estaba lleno de otras personas que también le gustaban y cuando se marcharan cenaría con Ansell, por quien sentía gran afecto. Un año antes no disfrutaba de ninguna de estas alegrías. Había abandonado un importante colegio privado sintiéndose frío, ignorante y sin amigos, preparándose para un silencioso y solitario viaje y deseando con toda su alma que le dejaran en paz. Cambridge no había respondido a sus deseos. Le había abrazado, tranquilizado, dado calor y se había reído un poco de él diciéndole que no necesitaba sentirse tan trágico porque su adolescencia hubiera sido únicamente un corredor polvoriento que desembocaba en los espaciosos salones de la juventud. En un año había hecho amigos y aprendido muchas cosas y podría aprender aún más si consiguiera concentrar su atención en aquella vaca.

El fuego se había apagado y, en la oscuridad, el que estaba junto al piano se atrevió a preguntar qué pasaría si una vaca objetiva tuviera un choto subjetivo. Ansell lanzó un suspiro de indignación y en aquel momento llamaron a la puerta.

—¡Adelante! —dijo Rickie.

Al abrirse la puerta, gracias a la luz que venía del corredor, se recortó contra el fondo la silueta de una mujer alta y joven.

—¡Señoras! —susurraron todos con gran agitación.

—¿Sí? —dijo Rickie con nerviosismo, cojeando hacia la puerta (tenía un pronunciado defecto en una pierna)—. ¿Sí? Entre, por favor. ¿Puedo servirle en...?

—¡Incalificable! —exclamó la joven, introduciendo un dedo enguantado en la habitación—. ¡Absolutamente incalificable!

Rickie se agarró la cabeza con las manos.

—¡Agnes! ¡Qué horror!

—¡Intolerable!

La muchacha encendió la luz eléctrica. Los filósofos quedaron al descubierto de manera desagradablemente súbita.

—¡Cielo santo, tomando el té! ¡Esto es demasiado, Rickie! ¡Tengo que decirlo otra vez: eres abominable! Haré que te azoten. ¿Qué les parece? —se volvió hacia los reunidos, que ahora estaban ya de pie— ¿Qué les parece? Nos invita a mi hermano y a mí a pasar el fin de semana. Aceptamos. En la estación, ni rastro de Rickie. Vamos a donde vivía antes, Trumpery Road o algo parecido, y ya no se aloja allí. Estoy furiosa y antes de que me dé cuenta mi hermano ha pagado al cochero y estamos perdidos. He andado millas y más millas. ¿Quieren ustedes hacer el favor de decirme qué se puede hacer con Rickie?

—Hay que azotarlo sin duda —dijo Tilliard amablemente. Y dio un salto hacia la puerta.

—Tilliard, espera, déjame presentarte a *miss* Pembroke. ¡No os vayáis todos! —porque sus amigos huían de su visitante como la neblina ante el sol—. Oh, Agnes, lo siento muchísimo; no me puedo disculpar. Sencillamente me olvidé de que venías y de todo lo referente a ti.

—¡Gracias, muchas gracias! ¿Y cuándo te acordarás de preguntar dónde está Herbert?

—Es cierto, ¿dónde está?

—No te lo diré.

—¿Pero, no vino andando contigo?

—No lo diré, Rickie. Será parte de tu castigo. Todavía no lo sientes de verdad. Volveré a castigarte después.

Era cierto. Rickie no estaba tan compungido como debería. Sentía haberse olvidado y sentía las molestias causadas a sus visitantes. Pero no se consideraba terriblemente en falta, como debe sucederle a un joven que se ha comportado descortésmente con una señorita. Mostrarse desconsiderado con la mujer de la limpieza o con el criado le hubiera producido la misma desazón, cosa que no estaba bien.

—Primero iré por algo de comer. Por favor, siéntate y descansa. Oh, déjame que te presente...

Ansell era el único superviviente de la discusión. Estaba todavía sobre la alfombra junto a la chimenea con una cerilla consumida en la mano. La llegada de *miss* Pembroke no le había afectado en absoluto.

—Permíteme que te presente a *Mr.* Ansell... *miss* Pembroke.

El momento que siguió fue terrible; un momento en el que Rickie casi lamentó tener un amigo inteligente. Ansell permaneció absolutamente inmóvil, sin hacer el menor gesto con la cabeza ni con la mano. Un comportamiento semejante es tan poco frecuente que *miss* Pembroke no se dio cuenta de lo que estaba sucediendo y mantuvo la mano extendida más de lo conveniente para una señorita.

—¿Vienes a cenar? —preguntó Ansell en voz baja y con tono serio.

—Me parece que no —dijo Rickie con gesto de desánimo.

Ansell se marchó sin añadir palabra.

—No te preocupes por nosotros —dijo *miss* Pembroke amablemente—. No tienes por qué dejar a tu amigo. Herbert está buscando alojamiento, por eso no está aquí, y

donde quiera que sea nos podrán dar algo de cenar. ¡Qué cuarto tan agradable tienes!

—Oh, no, en absoluto. Quiero decir que lo siento. Lo siento. Lo siento muchísimo.

—¿De qué estás hablando?

—Ansell... —después estalló—. Ansell no es un caballero. Su padre es lencero. Sus tíos, agricultores. Está aquí porque es muy inteligente; debido a su buena cabeza. Siéntate. No es un caballero en absoluto.

Y se marchó corriendo para encargarse algo de cenar.

—¡Qué *snob* se está volviendo! —pensó Agnes, bastante ablandada.

Nunca se le ocurrió que aquellas palabras expresaran afecto: que Rickie no las hubiera dicho sobre alguien que no le gustara. Ni adivinó que la humilde cuna de Ansell no bastaba para explicar la calidad de su rudeza. Estaba dispuesta a aceptar la vida como un conjunto de trivialidades. Seis meses atrás quizá le hubiera importado; pero ahora no le importaba lo que los hombres pudieran hacerle porque tenía un novio maravilloso que les daba ciento y raya a todos aquellos estudiantes de aspecto poco saludable. No se atrevería a contarle a Gerald lo que había sucedido: podía venir desde donde quiera que estuviese y dejar a Ansell medio muerto. Agnes decidió no decírselo tampoco a su hermano; era amable por naturaleza y le complacía no dar importancia a las cosas.

Se quitó los guantes; después se quitó los pendientes y se puso a admirarlos. Aquellos pendientes eran un capricho suyo: el único. Siempre había querido tener unos, y el día que Gerald le propuso que se casara con él fue a una tienda e hizo que le agujerearan las orejas. Instintivamente sabía que estaba bien hacerlo. Gerald le había regalado los pendientes —dos pequeñas masas de oro, copiadas, según el joyero, de algún objeto prehistórico— y besado las manchas de sangre en el pañuelo. Herbert, como de costumbre, se escandalizó.

—No lo puedo evitar —exclamó levantándose—. No soy como otras chicas.

Empezó a pasearse por la habitación de Rickie; no le gustaba estarse quieta. No había mucho que ver. Los cuadros no eran atractivos y no le interesaban: grupos de estudiantes, «*Sir Percival*» de Wats, un perro persiguiendo a un conejo, un hombre persiguiendo a una criada, una madonna morena de poco precio en un marco verde barato; en pocas palabras, una colección en la que cada mediocridad servía en general para hacer olvidar la anterior. Sobre la puerta estaba colgada una fotografía alargada de una ciudad con canales; Agnes, que nunca había estado en Venecia, pensó que se trataba de Venecia, pero los que habían estado en Estocolmo sabían que era Estocolmo. La madre de Rickie, con una expresión muy dulce, descansaba sobre la repisa de la chimenea. Otras fotografías acababan de llegar con sus marcos nuevos y estaban de espaldas contra la pared, pero Agnes no se molestó en darles la vuelta. Sobre la mesa había tazas de té sucias, una tarta de chocolate y Omar Khayyam, con una galleta Oswego entre las páginas. También un jarrón con las purpúreas hojas del otoño. Esto último le hizo sonreír.

Entonces vio los zapatos de su anfitrión: los había dejado sobre el diván. Rickie padecía una ligera malformación y los zapatos no eran del mismo tamaño; uno tenía un tacón muy grueso para ayudarle a andar lo más normalmente posible.

—¡Uf! —exclamó y se los llevó apresuradamente al dormitorio. Allí vio otros zapatos, botas y zapatillas; toda una hilera y todos deformes.

—¡Pobre chico! ¡Qué mala suerte! ¿Por qué no será como todo el mundo? Estas cosas hereditarias son terribles.

Cerró la puerta dando un suspiro. Recordó la perfecta figura de Gerald, su andar atlético, el porte de sus hombros, sus brazos, abiertos para recibirla. Gradualmente se sintió confortada.

—Perdóneme, señorita, ¿me puede usted decir para cuántos hay que poner la mesa?

Era la mujer de la limpieza, *Mrs. Aberdeen*.

—Creo que tres —dijo *Agnes*, sonriendo amablemente —. *Mr. Elliot* volverá enseguida. Ha ido a encargar la cena.

—Muchas gracias, señorita.

—¡Cuántas tazas que lavar!

—Las tazas de té se lavan enseguida, sobre todo las de *Mr. Elliot*.

—¿Y eso por qué?

—Porque no tienen rincones difíciles donde se acumule la porquería. *Mr. Anderson*, que vive abajo, tiene unas tazas con ángulos, y no se puede usted imaginar la diferencia. Éstas las compré yo para *Mr. Elliot*. Siempre procura molestar lo menos posible. Nunca he visto un señorito tan atento. La vida debiera ser amable con él.

Se llevó las tazas al cuarto de limpieza, regresó con el mantel y añadió:

—Si es que resiste.

—Me temo que no es muy fuerte —dijo *Agnes*.

—Ah, señorita, ¡su nariz! No sé lo que diría si supiera que he hablado de ello, pero tengo que contárselo a alguien y no tiene padre ni madre. ¡Su nariz! Le ha sangrado dos veces en *The Long*.

—¿Sí?

—Es una cosa que tendría que saberse. ¡Le digo que esa habitación!... Y en cualquier caso *Mr. Elliot* no está en condiciones de perder sangre. Afortunadamente sus amigos estaban levantados; siempre digo que son más hermanos suyos que otra cosa.

—Eso está muy bien. No tiene hermanos de verdad.

—¡Oh, *Mr. Hornblower* es muy alegre y *Mr. Tilliard* también! A *Mr. Elliot* también le gusta la jarana a veces. ¡Ésta es la escalera más movida de todas! Anoche la señora de *W* me dijo: «¿Qué les hacen ustedes a mis señoritos? —*Mr. Ansell* volvió con el cuello de la camisa suelto». Yo dije: